

días después y, desde allí, a través de los campos de Alemania, Polonia.... andando unos días, otros en camionetas, alcanzó las proximidades de Stalingrado cuando, en una de aquellas, cuando iban llegando, un bombardeo aéreo terminó con su regimiento, del que apenas pudieron sobrevivir ocho o diez personas. Me hablaron de un tal Gaudencio, cartero de Sigüenza, entre ellos.

La carta del capellán Freixa Masal es del 5 de julio, da cuenta de que murió el 22 de junio. La carta de Muñoz Grandes, fechada el 10 de agosto de ese mismo año da cuenta igualmente de su muerte. Las otras no tienen fecha.

Juan Soldado, que tenía muchos sueños, fue un muerto anónimo de la sinrazón de los gobernantes. Aquellas promesas que le hicieron quedaron en nada. No buscaba la guerra, sino el bienestar de su familia. Quedó en la estepa Rusa, en un lugar indeterminado. Su padre murió de pena unos años después. El ejército español, por pertenecer a aquella tropa de perdedores no le reconoció derecho alguno sobre los grados militares que tenía y, tan solo muchos años después de su muerte, a su madre, a través del habilitado de clases pasivas de Sigüenza, se le reconoció una pensión de unas escasas pesetas, que cobró los últimos dos años de su vida.

En una de esas cartas de Juan Soldado se habla de la tristeza que le causó la muerte de un primo suyo en Barcelona cuando, cumpliendo el servicio militar y

estando de guarda de puertas en el cuartel, un francotirador de aquellos que se parapetaban tras las chimeneas de los edificios altos disparó indiscriminadamente contra la gente que caminaba ajena a guerras y... Abandonó su garita y cargó sobre sus espaldas a una de aquellas mujeres que quedaron en la acera pidiendo auxilio. La logró salvar. El murió a las puertas de su cuartel, de un certero balazo disparado por ese anónimo que vio como rescataba a una persona herida...

Hoy las historias de aquel tiempo las escriben los colores políticos. Para unos Juan Soldado y su primo, por pertenecer a un bando, serán, eternamente, unos verdugos. Para otros lo contrario.

Podrá decirse que Juan Soldado, de llegar el caso, hubiera disparado su fusil y no le estuvo mal empleado morir antes de tiempo, pero ¿Quién es capaz de enjuiciar el tiempo pasado, sus circunstancias, el detalle... el todo?

Podría, que no lo haré, transcribir una a una todas sus cartas. Os darías cuenta de que ese soldado, como tantos otros cientos, no pretendía hacer una guerra, porque le faltaba capacidad para saber lo que era. Estaba allí porque le tocó estar.

Sus restos mortales nunca aparecieron. Se supo que fueron a parar a un cementerio, de algún lugar de la estepa Rusa, junto con otros cientos de españoles que se encontraron metidos en esa vorágine de un tiempo que cierto, es preferible olvidar y en el que se cometieron auténticas barbaridades, por ambas partes. Por vencedores y por vencidos, por quienes provocaron el levantamiento y por quienes se levantaron en armas. Por todos. Nadie fue mejor que nadie.

